

LOS GRANDES FILMS
Mudos y
sonoros



Helen Chandler
John Garrick

EL
HALCÓN
DE LOS AIRES

50
cts

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

El halcón de los aires

Magnífica producción sonora, interpretada por
**John Garrick, Helen Chandler, Gilbert
Emery, etc.**

Dirigida por **John G. Blystone**



Es un film FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Prohibida la
reproducción



El halcón de los aires

Argumento de la película

I

Un aeródromo de entrenamiento de Inglaterra durante la Guerra Mundial.

Allí se formaban los futuros héroes del aire. De allí saldrían los que, abatidas las águilas que ahora suelen los cielos de la guerra, habrían de substituirlas.

El entrenamiento era duro y largo. Como el que estudia música, antes de poder ejecutar las canciones del heroísmo, tenían que poner los miembros en condiciones con ejercicios desprovistos de belleza.

Antes de subir al aeroplano habían de inmuni-zarse contra el mareo en la "silla loca", como ellos la llamaban, y la cual consistía en una ar-mazón esférica donde se introducía el aspirante a piloto para soportar toda clase de vueltas y revueltas.

Había otros aparatos para asegurar el pulso y se habían ideado multitud de pruebas para acostumbrar a los futuros aviadores a las emo-ciones violentas.

Cuando por fin estaban en condiciones de volar, se les permitía subir en un avión que condu-cía un piloto experto, el cual les hacía pasar muy malos ratos rizando el rizo, volando sobre un ala y fingiendo averías.

Después se les permitía empuñar las palancas, siempre bajo la vigilancia de un experto y final-mente se les autorizaba a volar solos.

Sin embargo, no decaía el entusiasmo de aque-llos jóvenes. Esperaban con paciencia el momento de prestar un heroico servicio a su patria. Y cuan-do los alumnos veían partir a un compañero ha-cia el frente experimentaban una sana envidia.

La esperanza de obtener el nombramiento les ayudaba a realizar con alegría el duro apren-dizaje; pero no era éste el único atractivo del aeródromo, sino que existían otros acaso mayores.

Había allí una cantina y una cantinera.

Esta no era una muchacha vulgar que tra-bajara por un sueldo, sino Juanita Allen, la hija del señor Allen, jefe del cuerpo Jurídico Militar en aquella población.

El señor Allen había venido del Canadá a Eu-ropa sólo para ocupar tan importante cargo en aquel aeródromo, y su hija, alma altiva y gene-rosa, no pudo permanecer cruzada de brazos ante la epopeya.

Entonces creó aquella cantina en la que tuvo que invertir todos sus ahorros y donde todo se vendía a precio de coste y, a veces, con pérdida para la dueña del negocio.

Juanita tenía dependientas que se cuidaban del mostrador y de servir en las mesas, pero era fre-cuente verla repartiendo desayunos y refrescos como una simple moza de posada.

Aquellos mismos soldados que se cuadraban ante el señor Allen con toda la gravedad que requería su importante cargo, alternaban alegre-mente con su hija, la cual repartía a manos lle-nas su simpatía y su amistad.

Durante las horas de descanso la cantina se llenaba de una bulliciosa juventud que improvisa-ba toda clase de alegres fiestas. Las canciones tenían la predilección de todos y no había un solo alumno que no hubiera demostrado sus cualida-

des líricas aunque tuviera peor voz que una cigarra.

Si entre ellos había alguno que tuviera una voz regular, ese no se libraba ningún día del concierto y recibía unas ovaciones que ya las hubiera querido para sí Miguel Fleta. Era aquel un público encantador que lo perdonaba todo, hasta los estornudos entre un *si* y un *do*.

Uno de los que tenían buena voz era el teniente Bardell, joven de muy buena familia que tenía un castillo en los alrededores de Londres y que ya estaba muy adelantado en las prácticas aéreas.

Bardell estaba obligado a lucir sus facultades diariamente y ¡pobre de él si trataba de excusarse! Los divos de la cantina tenían derecho a todo menos a acatarrarse. Podían hacer cuantos gallos quisieran, pero nunca dejar de cantar. Para eso les pagaban, si no con dinero, con ovaciones que se oían desde Berlín.

María, una dependienta de Juanita, era también de los que ponían a prueba su garganta y después de lanzar la última nota había de echar a correr pues era tal el entusiasmo de los generosos espectadores, que todos querían besarla como premio a su labor artística.

Tom, el mecánico del teniente Bardell, formaba también parte del programa. No tenía voz de

bajo, de barítono ni de tenor, pero lanzaba unos alardos sin precedentes en el arte del canto, que tenían el extraordinario mérito de parecerse al croar de las ranas al mismo tiempo que al bufido del elefante.

Así se desenvolvía la vida en aquel aeródromo donde se formaban los futuros héroes del aire.

II

Por fin, recibió el teniente Bardell la última lección. Ya podía volar solo cuando le viniera en gana. Ahora todo se reducía a esperar que le dieran la orden de partir hacia el campo de batalla.

No tuvo paciencia el joven Bardell para esperar, y apenas recibió la autorización corrió hacia el hangar y dijo a Tom le preparara el aero-plano.

—¿Qué va usted a hacer, mi teniente?

—Volar.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿Solo?

—Sí; ya tengo la autorización.

—Pero ¿no cree usted, mi teniente, que debía esperar a estar más tranquilo?

—No, Tom. Quiero aprovechar este momento. Me volveré loco haciendo diabluras en el aire.

—¡Ay, ay, ay! Esto se pone feo. Mire usted, mi teniente, que me sabría muy mal tener que llevarlo en hombros.

—Pues me llevarás porque voy a tener un éxito.

—No me ha comprendido, mi teniente. Me refería a tener que llevarlo a cuestas al hospital.

Sin embargo, Tom no había dejado de trabajar mientras hablaba y ya estaba el aeroplano listo para emprender el vuelo.

Bardell se instaló en el puesto de mando e hizo un magnífico despegue.

Tom siguió al pájaro metálico con la boca abierta.

Volaba con la majestad del águila. Pero el águila se convirtió pronto en golondrina y la golondrina en murciélagos.

Poco a poco fué llenándose el aeródromo de espectadores. Se vació la cantina y se vaciaron todas las dependencias.

Todos esperaban emocionados el momento de la pírueta fatal.

El comandante Nelson era el más asombrado de todos.

—¿Quién es ese? —preguntó a los que le rodeaban.

—El teniente Bardell —le contestaron.

—Pues hombres así hacen falta para combatir los zepelines alemanes.

En aquel momento, hablaba Juanita con su padre en el despacho de éste y les interrumpió la llegada del correo. Entre el montón de cartas había una cuyo nombre no era desconocido para Juanita.

—Es para un joven que pertenece al escuadrón que ahora mismo va a partir para Francia. Yo misma se la llevaré, papá.

Y cogió la carta y salió corriendo a través del aeródromo.

En aquel momento iba a tomar tierra el teniente Bardell y vió con horror que su aeroplano se dirigía derechamente hacia la joven que corría con una carta en la mano.

Estaba tan cerca de ella que un segundo de vacilación hubiera sido fatal, pero la mano de Bardell era tan rápida como segura e hizo un viraje que a quinientos metros de altura hubiera representado un suicidio.

El avión se dobló sobre un ala cuya punta tropezó en el suelo. Y sólo así pudo parar instantáneamente antes de arrollar a Juanita.

Bardell salió despedido, y así pudo librarse también de las llamas que prendieron en seguida en el motor.

Unos acudieron en auxilio de Juanita que ha-

bía quedado a dos metros del avión y Tom sólo se preocupó de Bardell.

—¿Le duele a usted algo, mi teniente?

—No, Tom. Felizmente he resultado ilesos.

—Que le sirva esto de lección, mi teniente.

Cuando unas faldas se interponen en el camino de un hombre, desgracia segura.

En este momento apareció Juanita, muy asustada.

—¿Está usted herido, teniente Bardell?

—No, señorita Allen. No ha pasado nada. Unicamente el avión ha sufrido las consecuencias.

—Siento en el alma haber sido la causa de ese accidente.

—Usted no ha sido la causa de nada, Juanita. Sólo yo he tenido la culpa. Es la primera vez que he volado solo.

Al ver la gentileza con que su amo trataba a la señorita Allen, Tom puso la misma cara que si se hubiera tragado una espina.

No era la primera vez que sorprendía a su teniente en coloquio con Juanita, y aquellos diálogos le olían muy mal.

Ahora sorprendió algo más: vió una mirada intensa, como de commovida gratitud, en los ojos de la señorita Allen y de buena gana se habría llevado a rastras a su teniente para alejarlo del lugar del peligro.



—¿Está usted herido, teniente Bardell?

Pero bueno estaba también su teniente. El alma se le salía por los ojos al mirar a la señorita Allen. Indudablemente, aquello se ponía muy feo.

* * *

Poco después el diálogo se reproducía en la cantina, vacía en aquellos momentos.

—Después de lo ocurrido, señorita Allen, siento como si se hubieran estrechado nuestros lazos de amistad.

Lo mismo me ha sucedido a mí, teniente Bardell.

—Preferiría que me llamara usted Jack.

—También yo quisiera que me llamara por mi nombre.

—Así lo haré, Juanita.

—Lo mismo digo, Jack.

—Tenía ganas de poder sincerarme con usted, Juanita, para decirle que la admiro mucho. Y lo prueba el hecho de que mis padres, sin haberla visto, la conozcan tan bien como yo. Siempre que voy a verlos les hablo de usted.

—No merezco la fama que me han creado sólo por haber fundado esta cantina.

—Hay otros motivos para que la admiremos, Juanita. Usted, sin proponérselo, demuestra constantemente un espíritu de sacrificio poco común.

—Puedo asegurarle que no hago ningún sacrificio. Yo gozo haciendo lo que hago. ¿Qué diría usted si yo le dijera que volando se sacrifica?

—Me echaría a reír. Volar me gusta casi tanto como hablar con usted.

—Y está deseando que le envíen a Francia, ¿verdad?

—En efecto. El día que me permitan entrar en acción, me darán una alegría enorme.

—Pues el mismo derecho tengo yo a desear ir a Francia. Así, podría ayudar de veras a los que luchan.

—Usted está muy bien aquí.

—Lo mismo me dice mi padre. Si no fuera por él...

—No piense en eso... Y para quitarle esas imprudentes ideas de la cabeza, voy a decirle una cosa. Mi padre se alegraría mucho de conocerla. Si una noche me permitiera que la llevara a casa en mi auto...

—Conforme. Pero le voy a imponer una condición.

—Aceptada.

—Que venga usted una tarde a tomar el té con mi familia. Mi casa está muy cerca del castillo de los Bardell.

—Es una condición deliciosa.

—Entonces, entendidos.

—Trato hecho. Ahí va mi mano, señorita Allen.

—Esta es la mía, señor Bardell.

Quiso el azar que en aquel momento pasara Tom por delante de la cantina. Vió que su teniente y la señorita Allen se estrechaban la mano y se miraban de un modo que no hubiera podido soportar la gasolina sin inflamarse.

Tom elevó los ojos al cielo.

—¡Dios mío, esto es peor que si hubiéramos perdido la guerra!

III

A partir de aquí, la “tragedia” prevista por Tom se desarrolló rápidamente.

Jack fué a tomar el te a casa de Juanita y Juanita se dejó conducir por él al castillo de los Bardell.

Juanita produjo tan excelente efecto al padre de Jack, que éste se emocionó al oír las alabanzas que le prodigaban.

Las consecuencias de estos hechos fueron fulminantes. Como durante la visita de la gentil cantinera se celebraba una gran fiesta en el castillo

para celebrar el nombramiento de Jack, a éste le fué fácil arreglárselas de modo que antes de terminar la velada se hallara a solas con Juanita en un rincón aislado del bullicio y propicio a las confidencias.

El diálogo que sostuvieron entonces puso de manifiesto que los dos habían estado mucho tiempo haciendo el tonto, pues se amaban casi desde que se vieron por primera vez.

De modo que habían perdido un tiempo precioso. ¡Los besos que se podían haber dado desde entonces!... En fin, todo tiene arreglo en este mundo. Jack hizo un cálculo y el resultado arrojó un número redondo: quinientos. Quinientos besos perdidos. Con darle ahora uno que valiera por mil, todo arreglado.

Y dicho y hecho. El beso fué de los que hacen época.

* * *

Inmediatamente acordaron casarse y convinieron ponerlo aquella misma noche en conocimiento de sus respectivas familias.

Los Allen acogieron bien el anhelo de su hija y Bardell acogió todavía mejor el de su hijo. Tanto fué así que al decir que iba a comprar la sortija al día siguiente su padre le dió un precioso anillo que él regalara en otro tiempo a su esposa.



...procedieron los prometidos a fijar la fecha de la boda.

Al día siguiente procedieron los prometidos a fijar la fecha de la boda, tarea que les llevó más tiempo que el que era de esperar.

—Como aun tardarán unas tres semanas en hacerme marchar—dijo Bardell—, podemos casarnos dentro de dieciocho días.

—¡Qué punto tan raro!

—Es verdad.

—Podemos convertirlo en quince.

—No me gusta el quince. Si quieres el doce...

—De acuerdo. Dentro de doce días nos casamos.

—Ni una palabra más.

Pero en seguida vieron que el doce no tenía razón de ser estando el diez tan cerca. El diez era un número redondo. Sin embargo, Jack pudo convencer a Juanita que, tratándose de días, siete era un número más redondo que diez, puesto que siete eran los días de la semana.

Después se regalaron un día cada uno y lo dejaron en cinco, obsequio que se agradecieron mutuamente como un verdadera prueba de amor.

Y pasaron unos días en plena felicidad, en espera del feliz momento de unirse para siempre.



Y pasaron unos días en plena felicidad...

* * *

La cantina estaba aquella mañana extraordinariamente animada, cuando llegó Bardell.

Al verle, uno de los más alegres concurrentes se levantó y dijo:

—Señores, atención. Voy a comunicaros una estupenda noticia.

Esperó a que se restableciera el silencio y entonces añadió:

—El teniente Jack Bardell se casa.
Un murmullo general.

—Y ¿saben ustedes cuándo? Mañana.
Aumentaron los murmullos.

—Y ¿sabéis con quién? Pues con la señorita Allen, nuestra cantinera.

Los murmullos se convirtieron en rugidos.

En menos de un segundo Jack recibió de trescientos cincuenta a cuatrocientos puñetazos.

—¡Viva el novio!
—¡¡¡Viva!!!

Y Jack iba de un lado a otro como una pelota.

—¡Es un sinvergüenza! ¡No ha querido decirnos nada!

—¡Hay que mantearlo! Así se acostumbrará a ser un buen chico.

—Mantearlo es poco. Yo creo que debíamos tirarlo al Támesis.

—¡O cortarle la cabeza!

Cada uno expuso su opinión y todas ellas eran a cuál más terrible.

—¡Por favor, señores! —gritó Jack—. Dejadme un momento. Yo os explicaré.

—Sí. Dejadlo. Que se explique.

—Primero debemos cortarle la cabeza. Despues escucharemos sus explicaciones.

—No hay derecho —protestó Jack—. A ningún delincuente se le castiga antes de escucharle.

—¡Tiene razón! ¡La ley es la ley!

Todos quedaron convencidos de que era conveniente esperar un poco para ejecutar al reo y éste dijo:

—No os había dicho nada porque quería daros una sorpresa. Ahora mismo venía a daros la noticia y a convidarlos a todos a un sandwich con cerveza.

Se dividieron las opiniones. Unos consideraron la disculpa suficiente para absolverle, pero otros opinaron lo contrario.

Se armó una descomunal algarabía en que cada uno pretendía imponer su criterio.

Pero la voz que antes había aludido a la ley, gritó:

—Calma, señores! Lo primero que hemos de

hacer es averiguar la cantidad de cerveza que nos destinaba.

—¡Bravo!

—¡Olé!

—¡Eso es hablar!

—Gracias, amigos míos —dijo el “letrado”—. Señor Bardell, ¿qué cantidad de cerveza pensaba usted ofrecer a cada uno de los mortales aquí presentes?

—Pues... un barril.

Estas palabras fueron acogidas con un rugido de entusiasmo semejante al que lanzan los leones a la hora de la comida.

Si antes se deseaba cortarle la cabeza a Jack, ahora todo el mundo hubiera deseado regalarle dos o tres cabezas más.

—¡Vivan los tíos con talento!

—¡Así hablan los caballeros del aire!

—¡Por menos hicieron a Carlo Magno emperador!

Entre María y el propio Jack comenzaron a llenar vasos de cerveza y a servir sandwiches.

El dorado líquido corría como torrente sin freno y así como la espuma se desbordaba en los vasos el entusiasmo se desbordó en los corazones.

Jack tuvo que cantar ante las vehementes solicitudes de sus amigos.

Y estaba dando una brillante nota, cuando el

asistente del comandante se presentó para dar al divo un importante recado.

—El comandante Nelson dice que vaya usted en seguida.

—Un momento, señores—dijo Jack—. A buen seguro que se ha enterado de mi casamiento y quiere felicitarme.

Y corrió al despacho del superior.

—A la orden, mi comandante.

—Voy a darle una alegría, teniente Bardell. La oportunidad que usted deseaba ha llegado. Esta tarde, a las tres, ha de partir con la escuadrilla que se dirige a Francia.

IV

No pudo explicarse el comandante Nelson el gesto de desagrado, casi de horror, que hizo Bardell al recibir la noticia.

—¿Acaso no está usted contento?

—Sí, mi comandante, mucho... Anhelaba este momento, pero... yo creí que tardaría aún un par de semanas en enviarme al campo de batalla.

El comandante miró a Jack con dura fijeza.

—No comprendo lo que usted dice, teniente

Bardell. Si usted *realmente* anhelaba este momento ha debido darme las gracias en vez de adoptar esa actitud de sorpresa...

—Mi comandante—se apresuró Jack a decir para desvanecer aquella sospecha que le ofendía, —es que me había comprometido a casarme mañana.

Las facciones del comandante se suavizaron.

—Eso es otra cosa. ¿Quién es la novia feliz, teniente Bardell?

—Juanita Allen.

—¡Ah, pícaro! Bien se ve que sabe usted elegir. Les felicito a los dos sinceramente. Pero...

La sonrisa se desvaneció de su rostro al añadir:

—Pero es preciso que parta usted con la escuadrilla a las tres en punto.

Al ver la desolación que cubría el semblante de Jack, añadió:

—Comprendo que para usted debe de ser esto muy duro, pero... no hay más remedio. La guerra tiene crueles exigencias.

—A las tres estaré con la escuadrilla, mi comandante—fué la respuesta de Jack.

Lo primero que hizo Bardell al salir del despacho del comandante fué consultar el reloj. Iba a dar la una. La peor hora para ver a Juanita, que ni estaba en el aeródromo, ni se sabía a punto fijo dónde se podía hallar.

Cuando Jack pudiera llegar a su casa ya habría comido. Después sería muy difícil encontrarla, pues aquella hora la dedicaba a las visitas. Cabía en lo posible que estuviera en el castillo. Desde que la boda se concertó, Juanita visitaba frecuentemente a su padre. Al castillo, pues, se dirigiría, aunque sin muchas esperanzas de encontrarla.

Corrió al hangar y lo que allí vió le dejó frío.

Tom había desmontado el tren de aterrizaje de su aeroplano.

—He de volar en seguida, Tom. Necesito inmediatamente el aeroplano.

—Pero, mi teniente...

—Ni una palabra, Tom. A las tres he de partir con la escuadrilla que se va a Francia y antes he de ir a despedirme de la señorita Allen y de mi padre.

—Imposible, señor. Necesito casi una hora para montar el tren de aterrizaje.

—Es necesario que despegue dentro de diez minutos. Veas cómo te las arreglas.

—Eso no se puede arreglar de ningún modo, mi teniente.

—Yo te ayudaré... ¡Vamos! ¡Aprisa!

—Señor, usted no se da cuenta del peligro que es para usted irse ahora del aeródromo.

—No hay más remedio—repuso Bardell aplicando la bomba a uno de los neumáticos.

Trabajaron los dos afanosamente y en cuarenta minutos estuvo todo listo.

Cuando Bardell se disponía a subir al avión comenzaban a llegar al aeródromo los aviadores que habían de partir en su compañía.

Por última vez Tom suplicó a su amo que no cometiera la locura de marcharse, pero el teniente le respondió ordenándole que pusiera en marcha la hélice.

* * *

Cuando llegó a casa de Juanita, le dijeron que hacía unos veinte minutos que se había marchado.

—¿A dónde?

—A su casa de usted, señor Bardell.

Se despidió de toda la familia dando rápidas explicaciones. Se iba a Francia a las tres de la tarde. Antes quería despedirse de Juanita, que no sabía nada.

A todo correr, porque buscando el automóvil de su novia hubiera perdido más tiempo, se dirigió al castillo.

Su padre quedó muy sorprendido al verle a aquella hora desusada.

—Parto para Francia a las tres y he venido a despedirme de vosotros y a ver a Juanita.

—Juanita se ha marchado hace unos diez minutos. Ha dicho que tenía que ir a visitar a su tía.

—¡Oh! Entonces no se ha marchado al aeródromo. No la podré ver. ¿Qué tía es la que ha ido a visitar?

—No ha dicho nada.

Consultó el reloj. Eran las tres menos veinte. Apenas le quedaba el tiempo justo para ir en busca del aeroplano y partir hacia el aeródromo.

—Bueno, adiós. Si ves a Juanita dile que parto a las tres.

Abrazó a su padre y salió corriendo.

Le costó trabajo despegar, pues el campo donde había aterrizado no era de los más a propósito para los aviones, pero por fin pudo verse en el aire cuando sólo faltaban doce minutos para las tres.

Apenas había salido Jack, llegó Juanita, la cual, al conocer la noticia de labios del señor Bardell, echó a correr en busca de su coche por si lo graba llegar al aeródromo unos segundos antes de las tres.

A todo esto, el teniente Bardell volaba a toda



—Parto para Francia a las tres...

la velocidad de que era capaz su avión, pero un fuerte viento contrario le hacía consultar el reloj frecuentemente y sentir una angustia cada vez mayor.

Las tres menos ocho... las tres menos cinco... las tres menos tres. Jamás le había parecido que el tiempo pasaba tan de prisa, ni siquiera en sus idilios con Juanita.

Por fin divisó el aeródromo a la lejanía. El llegar era cuestión de un minuto, pero el aterrizaje le llevaría lo menos dos.

Conforme se acercaba, iba percibiendo la fila que formaba la escuadrilla de aviones, dispuesta a despegar.

Si hacía un buen aterrizaje, un aterrizaje rápido y corto, llegaría. Pero si no...

Sabía que en aquel momento se estaba jugando la vida, pero no vaciló en hacer funcionar la palanca de las aletas de modo que el avión se dirigió hacia el suelo casi verticalmente. Le pareció que la tierra se le venía encima como si se lo quisiera tragar y se dió cuenta de lo imprudente de la maniobra. Hizo funcionar la palanca hacia el lado contrario, pero era ya demasiado tarde. El aeroplano se estrelló contra el suelo estrepitosamente y él se sintió lanzado a muchos metros de distancia.

Oyó la voz de Tom que le decía:

—Ya se lo decía yo, mi teniente. ¡Maldita sea!...

Después ya no oyó ni sintió nada.

V

Cuando Juanita llegó al aeródromo ya la esquadilla se había perdido en el horizonte.

¿Habría llegado Jack a tiempo?

Fué a preguntárselo al comandante Nelson y su respuesta la dejó fría.

—Jack Bardell ha sufrido un accidente sin importancia, pero que le ha impedido partir. Lo siento por usted y por él, señorita.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Tan grave está?

—Algo peor, señorita. El teniente Bardell no ha podido partir hacia Francia como era su obligación.

—Pero si ha sido un accidente!

—Verdaderamente son casuales esos accidentes en el momento de partir.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Juanita con fieraza.

—Yo no pienso nada. Lo piensa la gente. Se dice que el teniente Bardell ha sufrido un acci-

dente intencionado para no verse con las balas.

—¡Eso es una infamia!

—Yo no digo ni que sí ni que no, señorita. El asunto del teniente Bardell ya no es de incumbencia mía.

No necesitó Juanita más explicaciones para comprender. Corrió al despacho de su padre y le preguntó:

—¿Qué hay del asunto Bardell?

—Ese asunto está muy mal, hija mía.

—Supongo que no incurrirás tú en el error de los demás creyendo que ha provocado el incidente por cobardía.

—Yo no puedo creer ni dejar de creer nada en este caso, hija mía. Mi deber es de hacer que le formen consejo de guerra y un tribunal militar resuelva sobre el asunto.

—Está bien, papá. Pero quiero decirte que después os debían de formar consejo de guerra a todos por haber ofendido tan gravemente a un oficial que es honra del ejército inglés.

* * *

Al día siguiente, Jack, que se negaba a permanecer acostado a pesar de las importantes heridas que tenía, recibía de manos de Tom una carta con sello urgente.

—Acaba de llegar, señor Bardell.

—¿Será de la señorita Allen?

—No lo creo, señor. La señorita Allen dijo que volvería a las diez de esta mañana. Son las nueve. No creo que tenga ningún motivo para escribirle.

Desgarró Jack el sobre con curiosidad y vió que de él salía una hoja de papel en blanco que servía de resguardo a una pluma de ave.

Bardell se puso pálido de rabia y arrojó al suelo la pluma. Era una costumbre en el cuerpo de aviación inglés hacer aquel obsequio a los cobardes.

—Si supiera quién lo ha enviado!...

—No se preocupe, señor. El consejo de guerra le absolverá y usted podrá demostrar a sus compañeros quién es.

—Ya lo creo que lo demostraré! Y no voy a tardar ni siquiera una semana.

En este momento entró Juanita en la sala y entre los prometidos se desarrolló una escena conmovedora.

—Jack, siento mucho lo que te ha sucedido. Sólo yo soy la culpable. Siempre soy yo la culpable de tus desgracias. Recuerda que el primer día que volaste solo también estuviste a punto de estrellarte por mí.

—Te prohíbo que digas esas tonterías. La des-



—¡Si supiera quien lo ha enviado!

gracia nunca se sabe de dónde viene. Pero eso no importa para que se la pueda combatir. Te aseguro que yo la combatiré.

—Apenas te pongas bueno nos casaremos y nos iremos lejos de aquí.

—Gracias, Juanita, pero yo no soy capaz de hacer eso. Yo quiero casarme contigo cuando sea un héroe y no un procesado. Sin embargo, puedo asegurarte que nos casaremos pronto.

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto marcharme a casa. No quiero permanecer aquí un día más.

—Tus heridas no te permiten salir del hospital.

—El doctor me ha dado ya el permiso y yo me marcharé.

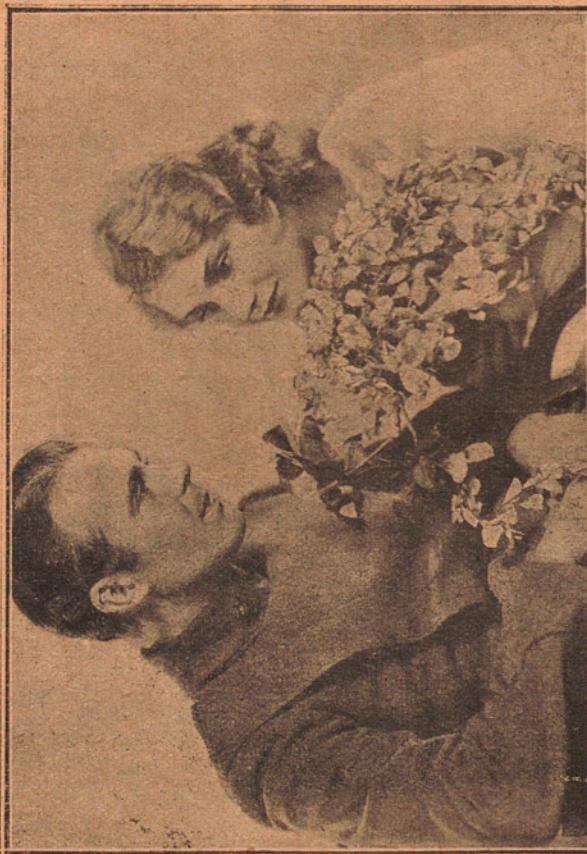
—¡Pero si no puedes dar un paso!

—No importa. Tom me ayudará.

—También yo te acompañaré.

—No, Juanita. Tú y yo hemos de separarnos durante unos días. Tom te avisará cuando puedas venir a verme.

—No sé lo que vas a hacer. Pero estoy segura de que será algo digno de ti. Ya sabes, Jack, que yo no dudo ni dudaré nunca de tu valor y que siempre estoy dispuesta a ayudarte.



* * *

Penosa fué para Tom la tarea de llevar a su teniente hasta el automóvil y de ayudarlo después a subir al castillo. Nadie le esperaba. En aquel preciso momento su padre se disponía a ir a verle.

—¿Qué locura es esa, Jack?

—Nada, papá. Que el ambiente del hospital me molesta y me he venido aquí.

Entre el señor Bardell y Tom le condujeron a una butaca próxima a la chimenea y allí estuvo hasta media tarde.

A esa hora ya no podía permanecer inactivo por más tiempo y de no tener siempre al lado el freno de Tom hubiera echado a correr, o cuando menos lo hubiera intentado, ya que las piernas no se lo hubieran permitido.

—Hemos de trabajar mucho estos días, Tom. Entre mañana y pasado ha de quedar listo el viejo avión que tengo en el garaje.

—Pasado mañana no le servirá de nada el aparato, señor, porque sus piernas no le permitirán volar.

—Eso a ti no te importa, Tom. Lo único que debes hacer es obedecer mis órdenes.

—Es que para reparar ese aeroplano no se necesitan dos días, mi teniente, sino dos años. Es de los primeros que se fabricaron, y está como para venderlo por hierro viejo.

—Sea como sea dentro de dos días ese aparato debe estar en disposición de volar. Y ahora mismo vas a empezar el trabajo si no quieres que te envíe a donde he mandado ya a todos mis compañeros.

Además de la energía y decisión que encerraban estas palabras había en la mirada del teniente Bardell algo que Tom calificaba muy acertadamente como presagios de tempestad, y por eso se apresuró a obedecer.

Al día siguiente, con ayuda de un bastón y conducido por su asistente, Jack se dirigió al garage y ayudó a Tom en la difícil reparación del viejo aparato.

Fué una tarea difícil, pero esto no podía ser una dificultad para el deseo vehemente de Bardell.

En aquellos dos días de continuo trabajo, nada había logrado averiguar Tom de los planes de su teniente, pero he aquí que en el momento en que ajustaban la última pieza, se oyó un formidable estampido.

Tom salió corriendo del garage y, aunque confusamente porque las últimas sombras del día morían en el horizonte occidental, pudo ver en el

cielo la mancha plateada de un gigantesco zepelín.

—Es un zepelín alemán, mi teniente. El zepelín que arrojó anoche treinta bombas sobre Londres y que ahora echará otras tantas y que mañana repetirá la suerte.

—Pues bien, Tom, ya sabes la causa de todos estos preparativos. No pasa semana sin que dos o tres veces esos bravos zepelines vengan a visitarnos y a sembrar la muerte y la desolación entre los que tan lejos estamos de las líneas de guerra. Mi aeroplano está listo, sólo nos faltan municiones, pero esas las tendremos mañana, porque tú las robarás. También nos hace falta una buena ametralladora, y también la tendremos mañana, antes de media tarde. Entonces que se atreva a volver el zepelín.

—Usted no hará eso, mi teniente—dijo Tom alarmado—, la lucha de un aeroplano contra un zepelín es tan desigual como la de un gato contra un elefante. Usted llevará una ametralladora pero ellos llevan veinte. Usted será uno y ellos serán treinta. Usted no hará eso señor, porque eso es un suicidio.

La respuesta del teniente Bardell fué muy breve y terminante.

—Mañana, antes del atardecer, me habrás traído una ametralladora y municiones en abundancia, si quieres continuar a mi servicio.

VI

Lo primero que hizo Tom al día siguiente fué ir a visitar a la señorita Allen para ponerla al corriente de los descabellados planes de su señor.

—Voy a sufrir mucho—repuso la joven—, pero me alegra de que Jack haya tenido esa idea tan digna de él. Su vida es para mí tanto como la mía, pero te digo, Tom, que prefiero perderla a tener que oír cómo llaman a Jack cobarde.

—Es verdad, señorita Allen. Yo no me atrevía a decirlo, pero también me alegra de que mi teniente haya tenido esa brillante idea. Le aseguro que haré todo lo posible por acompañarle. Ahora voy a buscarle la ametralladora y las municiones que necesita y puedo asegurarle que antes de media tarde las tendrá.

—Bien, Tom.

—No sé por qué, pero creo que mañana hablarán de mi teniente todos los periódicos.

Después de esta conversación, los dos se diri-

gieron al aeródromo, ella a la cantina y el asistente a desempeñar por primera vez en su vida el papel de ladrón.

* * *

En medio de su angustia, Juanita se sentía contenta y orgullosa, segura de que la mala fama que se había creado en torno a su prometido se iba a desvanecer muy pronto..

Impulsada por este entusiasmo que más que tal era excitación, al ver al comandante Nelson, el cual comía en compañía de su padre y de ella, le dijo :

—Creo que pronto se convencerá usted de que calumnió al teniente Bardell al hacerse eco de la murmuración de algún mal compañero.

—Si para convencer de eso confía su querido teniente en su viejo aeroplano que tiene en el garaje, puedo asegurarle que no conseguirá nada. Ese avión es un viejo cacharro que no volverá a volar en la vida.

—¿Y si yo le dijera que el avión está ya preparado y dispuesto para volar?

—Yo le daría las gracias por ese informe, mejor dicho, se las doy. Es lo único que me faltaba saber para ordenar que quitaran al teniente Bar-

dell el viejo aeroplano. No podrá volar hasta que el consejo de guerra no decida si merece o no esa honra.

Juanita se mordió los labios. Por un momento estuvo pensando en la imprudencia que acababa de cometer, pero en seguida dejó de reflexionar para hacer algo más práctico.

Salió de su casa y lanzó a su automóvil a ochenta por hora en dirección al castillo de Bardell.

El sol se ocultaba por el horizonte y sus horizontales rayos la cegaban. Pero ella no por eso levantó el pie del acelerador.

Llegó al castillo cuando todavía le parecía estar oyendo las palabras irónicas del comandante.

Se fué derechamente al pequeño hangar y allí vió a Tom y a Bardell, al lado del avión, que estaba completamente listo para partir.

Precipitadamente, contó a Jack lo que acababa de ocurrir y le dijo que ocultara el aeroplano donde pudiera, pues no tardarían en presentarse los enviados del comandante Nelson.

Pero no bien hubo pronunciado su última palabra cuando el sordo estampido de una bomba llenó los ámbitos.

Y Jack repuso sonriendo:

—No hace falta que ocultemos el aeroplano. Por esta vez ha fracasado nuestro querido comandante Nelson.



—No podrá volar hasta que el consejo de guerra...

* * *

Entre las brumas del atardecer se deslizaba el monstruo metálico lanzando sobre la urbe londinense la aterradora canción de sus granadas.

En pocos segundos las calles se habían quedado desiertas y las gentes amontonadas en los portales alzaban la vista al cielo con terror en espera del momento propicio para dirigirse a sus hogares y afrontar el peligro al lado de los suyos.

¿Pero qué sucedió de pronto?

Se oyó el ruido de un motor más cercano y la multitud quedó estupefacta al ver pasar casi a ras de los tejados un avión en cuyas alas resaltaban los colores de la bandera británica.

¿Quién sería aquel suicida?, se preguntaba la muchedumbre. Y de pronto, entre el mayor grupo de gente—grupo que precisamente ahora quedaba en el centro de los fatales giros del zepelín—se oyó la voz de un hombre que dijo:

—Es mi amo. Es el teniente Bardell.

El aeroplano se remontó hasta alcanzar la altura del zepelín y ya no volvió a caer ninguna bomba sobre la ciudad. Los tripulantes estaban ahora pendientes de las ametralladoras con que

pretendían abatir al pájaro metálico que se obstinaba en clavarles su pico de fuego.

Dada la posición de la ametralladora, ésta no podía disparar hacia abajo y el avión pasaba una y otra vez por la parte inferior del zepelín lanzándole, en el rápido encuentro, una lluvia de proyectiles.

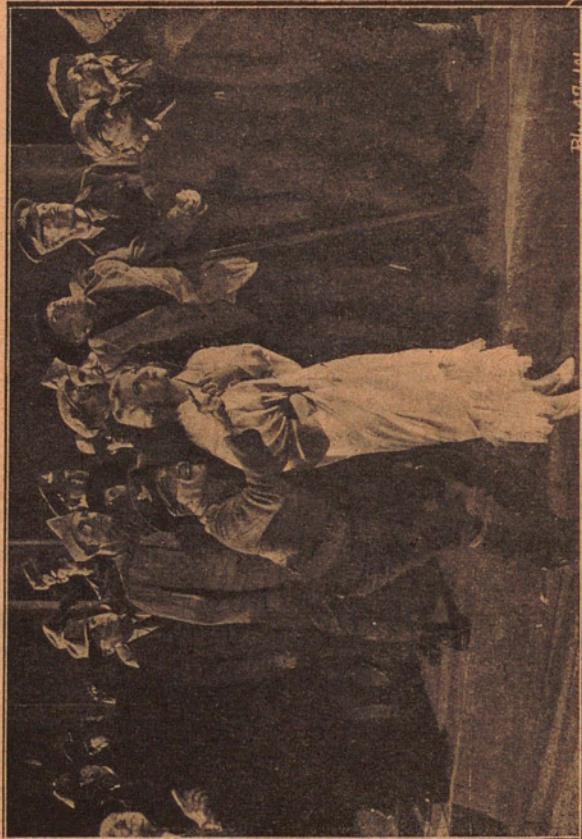
Cada vez que este encuentro se producía, Tom cerraba los ojos y cuando los volvía a abrir, esperaba ver al avión de su amo envuelto en llamas o perdido el mando como un papel a merced del viento.

La lucha fué larga, tan larga que ya comenzaban a agotarse las municiones del avión.

Fueron quince o veinte minutos de angustia, de sensación general, pues las calles se habían ido llenando de curiosos, de cabezas que miraban hacia arriba con una emoción profunda, con un deseo vehemente de que aquel bravo aviador que pasaba en los aires la bandera inglesa les evitara una hora de luto y obtuviera una hora de gloria.

Y por fin el milagro se produjo. Los del zepelín llegaron a desconcertarse ante tanta tenacidad y tanta bravura y en tanto Jack pasaba cada vez más cerca de la aeronave y disparaba cada vez con más seguridad.

Desde la terraza de su castillo, el padre de Jack, con varias amistades seguía, entusiasmado, los gi-



Y por fin el milagro se produjo.

ros del avión, y en sus ojos perlábanse unas lágrimas al tiempo que sus labios murmuraban una súplica al cielo...

Tom había cerrado los ojos y los abrió al oír un alarido de la multitud, un grito unánime y ronco que lo mismo podía ser de dolor que de entusiasmo.

Y vió que el zeppelin era en el cielo una inmensa llama y que el viejo aeroplano del teniente Bardell emprendía el aterrizaje vertiginosamente.

Jack resultó herido, pero, afortunadamente, sin gravedad. Había sido un verdadero milagro el que saliera con vida de aquella titánica lucha sostenida con el monstruo abatido.

* * *

Lo verdaderamente curioso fué que al día siguiente, cuando todos los periódicos publicaban el retrato del héroe, éste había de comparecer ante el consejo de guerra.

Pero con muy buen acuerdo el consejo, en vez de castigarle, colgó de su pecho una cruz.

Y entonces fué cuando el teniente Bardell volvió a hablar a la señorita Allen de amor, entonces y sólo entonces... cuando su fama de cobarde



Jack resultó herido...

se había trocado en la brillante fama del héroe.

Y esta vez nada se opuso a que Jack y Juanita se casaran y emprendieran un largo viaje a donde no llegaran los rumores de la guerra, en el que no se oyeron sino sus mutuos juramentos de amor.

F I N

~~~~~  
**Próximo número:**

**La extraordinaria película**

# **Tarakanowa**

**Exclusiva de Renacimiento Films**

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

**ÉXITO FORMIDABLE**  
en las selectas  
**EDICIONES ESPECIALES**

— de —

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

de uno de los más bellos asuntos que se  
han dado en el cine:

### **Del mismo barro**

por Mona Maris y Juan Torena

**¡Novela que no ha de faltar en  
ningún hogar!**

**¡LA NOVELA DE TODA MUJER!**

**¡Siempre lo mejor!**

---

Formidable éxito de

## **La Novela Cinematográfica del Hogar**

Aparece con gran éxito todos los sábados  
48 páginas de amena y sana literatura  
Postal-regalo en bicolor

Precio: **30 céntimos**

E. B.